

**NUEVA MASCULINIDAD Y NUEVA PATERNIDAD
EN LA NARRATIVA MEXICANA DEL NORTE
(NEW MASCULINITY AND NEW FATHERHOOD
IN MEXICAN NARRATIVE OF THE NORTH):
LOS ÚLTIMOS HIJOS, DE ANTONIO RAMOS REVILLAS**

PAULO ALVARADO*

Abstract: A man fertile, married and loyal who wants to be a father and to take care of a child, but he can't materialize his desire – this is the argument for the novel *Los últimos hijos* by Antonio Ramos Revillas of Monterrey, along the border of Mexico and the USA. It is not a common story in Mexican literature, so I propose to study this novel from the perspective of new masculinity and new fatherhood, as an alternative to the traditional forms. My intention is to define the proximity or the demarcation for *Los últimos hijos* about new or traditional masculinity and fatherhood in Mexican narrative of the North, with intertwining views constructed by the literary and genre studies written on this topic in Latin America.

Keywords: Mexican narrative, new masculinity, new fatherhood, genre studies, Antonio Ramos Revillas

Un hombre heterosexual y fértil que desea ser padre y formar un hijo y que, a pesar de ser esposo fiel de una mujer igualmente fértil, no logra materializar su paternidad es el argumento de *Los últimos hijos* (Almadía/Conaculta 2015), la novela que Antonio Ramos Revillas¹ publicó desde Monterrey, en la zona fronteriza de México con Estados Unidos.

Este tema no es común en la literatura mexicana², lo que permite la indagación por aquellas nuevas perspectivas acerca de algunos

* Paulo Alvarado (✉)

Department of Humanities, University of Monterrey, Mexico
e-mail: paulo.alvarado@udem.edu

AGATHOS, Volume 7, Issue 2, 2016

¹ Antonio Ramos Revillas (Monterrey 1977) es autor de relatos sobre vida cotidiana y de costumbres en el noreste mexicano. Entre su obra se halla *El cantante de muertos* (Almadía 2011) y *Dejaré esta calle* (Conaculta 2006). Dirige la editorial 27 editores.

² Al justificar su estudio sobre la representación de la masculinidad en la ficción latinoamericana, de 1920 a 1980, Mark Millington afirma que “de muy pocos de

conceptos que los estudios humanísticos han agrupado bajo los términos *masculinidad* y *paternidad*.

Aquel deseo de paternidad frustrado por distintas circunstancias, y expresado a través del protagonista Alberto Juárez, es el detonante para las preguntas de este trabajo que busca definir los rasgos de una masculinidad y de una paternidad marginadas, emergentes y convulsas en la narrativa del México contemporáneo.

Para aproximarme a este propósito, recurro a recientes estudios que en América Latina se han hecho particularmente sobre nueva masculinidad y nueva paternidad, desde la psicología social y la literatura. Exponer estos alcances me ayudará a descubrir los niveles de discusión que *Los últimos hijos* representa en una posible ficción dominante, “o sea las representaciones ejemplarizantes de la subjetividad normativa de una sociedad encarnadas en narrativas corrientes” (Millington 35)³. En este estudio revisaré el (des)ajuste que *Los últimos hijos* representa ante tal ficción dominante⁴ que Ramos Revillas expresa desde el norte mexicano contemporáneo.

NUEVA MASCULINIDAD

No se entiende con claridad la nueva paternidad sin explorar antes la nueva masculinidad, ni se entiende ésta sin presentar sus variaciones ante la masculinidad tradicional. Han sido los estudios sobre masculinidad los que han trazado esta genealogía que algunos proponen como una continuidad y un diálogo con los estudios sobre la feminidad⁵ y que componen las teorías de género.

estos textos (los que él estudia) se puede decir que ‘tratan la masculinidad’” (51). Sin embargo, el corpus de 14 novelas latinoamericanas que revisa refuerza la afirmación “de que la masculinidad es un fenómeno que los imaginarios culturales intentan dar por sentado, examinan con poca frecuencia, y muchas veces dejan de reconocer excepto como una parte aparentemente natural y transparente de la vida de los hombres” (51).

³ Silverman explica que “las formaciones sociales dependen de sus ficciones dominantes para mantener su sentido de identidad y unidad. Las formaciones sociales también dependen para su supervivencia continuada de la ficción dominante” (54).

⁴ El servicio de tal ficción dominante a la formación social en temas de masculinidad para América Latina ha sido expuesto en autores como Millington, Foster y Reis, Balderston y Guy e Irwin.

⁵ Millington desglosa una genealogía de los estudios sobre la masculinidad. Apunta un despliegue desde el feminismo que permitió el surgimiento de algunos trabajos publicados sobre los hombres y la masculinidad, de los que destaca *Epistemology of the Closet*, de Sedgwick, *Murder and Masculinity*, de Biron, y *Mexican*

Tradicionalmente, el hombre no ha mostrado entre sus prioridades las preguntas acerca de la vigencia de lo masculino, lo que ha perpetuado una hegemonía favorable para cierto sector de hombres. Esta omisión de cuestionamientos no es gratuita ni pura, pues esconde mecanismos de poder centralizado. Al respecto, Gloria Careaga advierte un estrecho vínculo entre poder y masculinidad, al decir que los estudios versados sobre lo masculino:

Tiene(n) como objeto de estudio a los hombres y lo que éstos hacen como referentes más próximos al problema de la dominación masculina. Sin embargo, como parte del género, la masculinidad no sólo da cuenta de los significados asociados al hecho de ser hombre, sino también de las formas en que ellos ejercen el poder y como éste se incorpora en las estructuras e instituciones sociales, así como de las formas en que las mujeres llegan a reproducir dicho poder o a constituir un contrapoder de estas prácticas de dominación (Careaga 9).

A su vez, Mark Millington advierte de una invisibilidad de los mecanismos de poder que se refuerza ante la ausencia de cuestionamientos a la masculinidad, a aquello que es tomado por natural, normal o sustantivo:

Lo que se necesita hacer visible son las prácticas disciplinarias y normas subyacentes que regulan los comportamientos diversos de la masculinidad. La perspectiva que desnaturaliza el género enfatiza cómo la repetición de ciertos actos se consolida para dar la impresión de un orden natural y sustantivo de las cosas. (Millington 28-29)

Esto es, los estudios sobre masculinidad tienen entre sus objetivos la revelación de las estructuras e instituciones sobre las que algunos miembros de este género consolidan y perpetúan su poder. Un dominio que, por supuesto, genera a su vez marginalidad.

En un esfuerzo por hacer visibles estas estructuras e instituciones que sostienen el poder de la masculinidad hegemónica, revisaré algunos ámbitos de la masculinidad tradicional que la nueva masculinidad cuestiona, con el propósito de descubrir algunas afinidades que *Los últimos hijos* representa para uno u otro modelo de masculinidad.

Mi itinerario al respecto lo marca José Olavarría, quien ha descubierto, por lo menos, cinco ámbitos (estructuras e instituciones) en los que los hombres tienen acceso a recursos cualitativamente

Masculinities, de Irwin. Estos dos últimos sobre las representaciones de la masculinidad en la literatura de América Latina (13).

superiores, en comparación con las mujeres y otros hombres, para la construcción de sus identidades y relaciones de género (117).

El primero de estos ámbitos que Olavarría descubre se refiere a los recursos para la autonomía personal, es decir, el acceso a espacios públicos, el uso del tiempo y el manejo del dinero. La masculinidad tradicional ha permitido a los niños varones el conocimiento y la familiarización paulatina con la calle. En la calle, ellos no son requeridos para actividades domésticas. Los padres y otros adultos observan y guían “al niño/adolescente a incursionar en esos espacios, incentivando su autonomía” (118).

En la misma masculinidad tradicional, el dinero y su uso es otro de los recursos que marcan distancias de poder entre hombres y mujeres. La educación del hombre al respecto favorece que, en su vida adulta, tenga mayores facilidades para realizar algún tipo de actividad remunerada y por la cual reciban reconocimiento (Olavarría 118).

En *Los últimos hijos*, el espacio es una construcción conjunta entre hombre y mujer, entre Alberto y su esposa Irene. Si bien el protagonista narra algunos paseos en soledad, denota que no es una práctica común para él, pues lo hace a escondidas, lo que me permite hacer una lectura de lo prohibido. Así se lee, por ejemplo, en las citas “salí un par de horas antes de la oficina, *simulé* que iba a la tienda a comprar algo para soportar las últimas horas de trabajo” (Ramos Revillas 81), y “la siguiente ocasión decidí ir en fin de semana y *aproveché* una salida de Irene con uno de sus amigos” (82 las cursivas son mías). Los vocablos “simulé” y “aproveché” ofrecen connotación de lo prohibido que resulta para Alberto salir al espacio público sin al menos anunciarlo a su esposa Irene. Lo prohibido, por supuesto, es la salida del margen normado, un lindero que mantendría la cohesión del acuerdo formado por Alberto e Irene en comunicación.

El dinero es, asimismo, una construcción conjunta entre Alberto e Irene. Es ella quien, además de haber estudiado y ejercido profesionalmente administración de negocios, heredó las propiedades y la empresa de su padre que ella ha manejado desde soltera. Esta herencia que obtiene Irene algunos años después de haberse casado con Alberto, deja al joven matrimonio dinero “suficiente para vivir tranquilamente unos veinte o treinta años sin mover un dedo” (Ramos Revillas 32).

Pero decidimos seguir en lo de siempre: ir al trabajo, sumar labores, tener una vida cotidiana; así que el dinero, menguado un tanto con algunos viajes al extranjero y la compra del coche y la casa, nunca disminuyó considerablemente.

Tenía fecha de caducidad, pero mientras *trabajáramos* la mantendríamos lo más lejos posible. Nos sentíamos felices. (Ramos Revillas 32 las cursivas son mías)

La calle (el espacio público) y el dinero dejan de ser monopolio o, al menos, elementos de privilegio para el protagonista de Ramos Revillas. Por esta vía, Alberto no siente ninguna vergüenza o exclusión al expresar y vivir esta nueva masculinidad opuesta a la masculinidad tradicional; por el contrario, llega a afirmar en voz personal: “ese fue el mundo que descubrí y al que me acomodé como un caracol que encuentra una concha más grande de lo esperado” (Ramos Revillas 32).

El segundo ámbito que descubre Olavarría como ventajoso para un sector de hombres se refiere al cuerpo. Para la masculinidad tradicional, la construcción de los cuerpos origina recursos de poder distribuidos desequilibradamente entre hombre y mujer.

Según esta construcción, los cuerpos de los hombres deben ser activos; fuertes, duros, aptos para el trabajo y para trabajos pesados, para la guerra; para el mando; cuerpos que podrían ser constantemente sometidos a prueba; cuerpos de la calle; racionales. (Olavarría 119)

Los cuerpos varoniles de la masculinidad tradicional son cuerpos para defender(se) de otros varones y para proteger a las mujeres. “La socialización a que (los hombres) son sometidos desde su infancia va dirigida a desarrollar al máximo ese atributo” (Olavarría 119).

En *Los últimos hijos*, el cuerpo de Alberto es expuesto en una ambivalencia entre una masculinidad tradicional y una nueva masculinidad. Las convicciones de Alberto están puestas en proteger a su esposa Irene, incluso se siente orgulloso de ello, pero sin por esto restarle valor a la libertad de su pareja. En efecto, siendo aún novios, es Alberto quien defiende a Irene de la violencia que ella constantemente recibía de su padre don Ernesto. La ocasión en que Alberto mira las mejillas enrojecidas de Irene y cae en cuenta de que su padre la golpeaba, apura su boda para rescate de ella:

–Vine por Irene –le dije (Alberto al padre de Irene).

Ella no se movió.

–No quiero que le vuelva a pegar a mi novia.

Don Ernesto observó a su hija con detenimiento y, al fin, descubrió que Irene había crecido.

Mientras yo ande con ella no quiero que la vuelva a tocar o se las verá conmigo. Usted, para mí, sólo es otro viejo que no sabe lo que tiene en casa.

–Está muy bien lo que dice –señaló (el padre de Irene) entre dientes–, pero mientras Irene viva aquí se atiene a lo que yo diga.

–Vámonos, Irene –le extendí la mano.

Pero no se movió. Me acerqué a ella y le dije que si se iba conmigo nunca más le pegarían, nunca más tendría que levantarse con miedo y que una semana después nos casaríamos. Le apreté la mano con fuerza y esta vez no vaciló. (Ramos Revillas 26-27)

Si bien es el varón protagonista el defensor activo de la mujer, esta protección no alcanza a sofocar la libertad de ella. Alberto lo reconoce al decir, por ejemplo, “yo le entregué la libertad; en cambio, Irene *me regresó* una casa amplia y bien iluminada” (Ramos Revillas 32 las cursivas son mías). Esta precaución ante la libertad de Irene, ausente en la masculinidad tradicional, me permite marcar un deslinde al personaje frente a esta hegemonía y aproximarlo a una nueva masculinidad. Aún más, la frase “me regresó” en la misma cita es referente de las actitudes *pasivas* que Alberto adopta ante Irene, una actitud ausente y penada en la masculinidad tradicional que sostiene el cuerpo del hombre como *activo*.

El tercer ámbito de poder que descubre Olavarría se refiere a la sexualidad, esto es, la masculinidad tradicional exige al varón demostrar(se) que es heterosexual, “que ha conquistado y penetrado a una mujer” (125). La adolescencia es tal vez la etapa de las pruebas iniciáticas que le permiten al varón el paso a la adultez.

A lo largo de *Los últimos hijos* no hay pruebas que obliguen a Alberto a demostrar su heterosexualidad para ser aceptado como hombre. Sin embargo, llama la atención su particular reflexión acerca del ejercicio de su sexualidad:

Supongo que todos los hombres vemos a las mujeres con deseo pero, en el fondo, hay un tipo de hombres que también se pregunta cómo serían nuestros hijos con ellas: si altos o rubios, qué de nosotros saldría a flote con esos otros genes, qué larga simiente de fantasmas. (Ramos Revillas 78)

El fin del ejercicio sexual de Alberto ha dejado de ser solamente un requisito para ser aceptado por un gremio masculino tras demostrar(se) su heterosexualidad. El deslinde se encuentra más allá: en aquellos genes personales salidos a flote en el hijo con tal o cual mujer, aquella “simiente de fantasmas”.

El cuarto ámbito de Olavarría se refiere a las relaciones que el hombre sostiene con los otros, esto es, el mandato de la masculinidad tradicional dicta que éste no debe mostrar conductas afeminadas ni infantiles. Para corroborar el ajuste del hombre a este mandato, éste recurre a expresiones de valentía, aunque sea de manera absurda.

Mostrar(se) que puede superar situaciones de miedo, aunque sean situaciones de riesgo, orilla a los varones a experimentar competencias con otros para exhibir especial habilidad en una práctica peligrosa. Así, entre estas competencias destacan, por ejemplo, la ingesta de alcohol o de drogas ilícitas o las carreras de autos, “para demostrar su atrevimiento y poder para derrotar al otro” (125).

Tampoco es en este ámbito en el que Alberto muestra sentimientos de vergüenza o exclusión. El protagonista de *Los últimos hijos* echa mano de su valentía, pero no para mostrarse hábil para vencer situaciones de riesgo, sino para mostrarse capaz de criar un hijo: En venganza de un hurto a su casa, Alberto decide robar la hija de los ladrones Carolina y Martín para educarla y, así, aproximarse a su idea de paternidad.

Casi llegaba a casa de Martín y Carolina cuando vi que la chica entró en la precaria vivienda. Me detuve. No oía más que la revolución de mi sangre, la exacta medida del miedo en mis latidos, su peso en mi cuerpo; tuve conciencia en ese punto de mi estómago, cargado, de mis rodillas temblorosas. Me pregunté qué podía hacer; fue Caro quien me dio la respuesta porque volvió a salir de la casa, ahora con una cazuela que llevaba del asa. Hasta los ladrones desean terminar su día con comida caliente frente a ellos. En ese momento enfurecí. Aún oía a cenizas en el aire. El frío me pareció más fiero. Me aproximé a la casa. Moví la puerta que rechinó. Entonces, lentamente, como un largo berrido que había estado apaciguando, recordé a mi bebé en el hijo de Carolina. Desfilieron las imágenes de aquella noche en que habíamos perdido a nuestro hijo. No. Eso en el pasado. Eso en el pasado del hombre chillón. Truénales la cabeza, recordé, truénales la cabeza. Apenas me di cuenta cuando ya estaba dentro de la casa. (Ramos Revillas 93-94)

No es la vergüenza de ser tomado por cobarde, sino la vergüenza de no ser padre lo que lleva a Alberto a vencer su miedo, robar la niña recién nacida y educarla como su hija. A decir de Olavarría, el hombre tradicional está obligado a ser padre y, así, reproducir aquel poder patriarcal que el padre de éste le heredará. Esta sí es la vergüenza que dobla a Alberto. La ausencia de paternidad lo hace sentirse humillado, medio hombre y señalado por los otros:

Con ese hijo que se va, descubres que estarás mutilado por el resto de tu vida. Que finalmente no serás esa persona. Nadie sabe la suma de las humillaciones con las que un hombre se va a una tumba y esta es la historia de tu humillación. Que estarás separado del resto de los otros. Esos que son felices con sus hijos. Que cada bebé que veas te recordará al que perdiste. Eres de los marginados. (Ramos Revillas 210)

Si bien Alberto no se ajusta a la masculinidad tradicional, en la medida que configura su espacio y bienes materiales en comunicación con su esposa Irene, asume la protección de ella sin restarle libertad, define su heterosexualidad más allá de una exhibición de conquista y penetración a la mujer, y no muestra necesidad de ser reconocido como hombre valiente, el protagonista de Ramos Revillas sí sufre una fuerte ansiedad ante la falta de un hijo. El quinto ámbito que Olavarría descubre para la masculinidad tradicional, la paternidad, significa para Alberto una fuente de presión social que detona una serie de conductas y reflexiones que lo motivan a robar una niña recién nacida. Conviene ahora definir ese deseo de paternidad que, al no materializarse, hace sentir a Alberto una profunda y compleja humillación.

NUEVA PATERNIDAD

Los estudios sobre la masculinidad han llegado a indagar por la paternidad, su vigencia, modelos, representaciones, discursos. En América Latina, la paternidad ha sido discutida desde las ciencias jurídicas⁶, la psicología social, la salud pública⁷, la literatura.

De este cúmulo de estudios, me he enfocado en aquellos dedicados al deseo del hombre heterosexual por tener un hijo, pues es el caso presentado en *Los últimos hijos*. En la novela de Ramos Revillas, Alberto Juárez constantemente expresa su deseo de ser padre:

De niño y de adolescente, incluso en mi vida adulta, siempre me había sentido inclinado a cargar y mimar recién nacidos. Era algo que había visto repetir mucho a mi padre. Le hacía muecas a bebés que se encontraba a veces en brazos de sus madres o cargaba a los sobrinos para hacerlos reír. Aquel era un gesto que, me dije, iba a repetir en su momento con mis hijos. (Ramos Revillas 13)

En otras ocasiones, Alberto expresa su insatisfacción ante el deseo no cumplido de paternidad: “Yo quería tener un hijo de verdad porque pensaba que era lo correcto. Quería poseer un hijo, sangre de mi

⁶ Isabel C. Jaramillo Sierra, por ejemplo, revisa los modelos jurídicos liberal, social y de la paridad para pensar el matrimonio, el divorcio y la paternidad. Concluye que “visibilizar estos modelos debería ayudarnos a superar la visión que insiste en separar teórica y metodológicamente a la familia de la ciudadanía y de la propiedad” (99).

⁷ Zoe Díaz Bernal y Dailys García Jordá entrevistan a nueve expertos en reproducción humana y salud pública acerca de la cultura de maternidad y paternidad, particularmente, acerca de las repercusiones conceptuales tras la infertilidad. El estudio concluye que “más allá de la reproducción biológica son la reproducción social y los espacios donde esta se desarrolla, las que determinan en última instancia las percepciones individuales y colectivas de la función reproductiva y la infertilidad” (202).

sangre, porque me habían dicho que aquel era el verdadero amor y necesitaba experimentarlo” (Ramos Revillas 71). Analizaré detenidamente esta insatisfacción de Alberto, para lo cual primero describiré los rasgos de la llamada nueva paternidad que se ha estudiado para América Latina, a fin de cotejar este marco conceptual con *Los últimos hijos* y fijar sus niveles de posición en los estudios de la masculinidad.

Encuentro una recurrencia de cinco rasgos para la nueva paternidad, a partir de lo estudiado en América Latina, desde distintas disciplinas y regiones. El primero de estos rasgos se refiere a que la paternidad es una construcción de significado, esto es, de manera similar como ocurre con la masculinidad,

la paternidad se circunscribe en el orden sociocultural, con sus significados, representaciones, modelos e imágenes del padre que forman parte del sistema social, político e ideológico históricamente constituido y que conforma el contexto en el que se organiza la subjetividad de los individuos. (Rodríguez 114)

Con más precisión, la paternidad como objeto de estudio articula “mecanismos sociales de regulación, mecanismos culturales de representación y mecanismos subjetivos que dan sentido a la vivencia personal” (Ortega 38).

En *Los últimos hijos*, la ansiedad y vergüenza que experimenta Alberto son muestra de que la paternidad es un significado construido: el hombre se siente continuamente desorientado acerca del significado de paternidad que se autoconstruye y que, al no encontrar un referente externo, termina por marginarlo. En una primera fase, Alberto muestra mucha vergüenza tras haber perdido a su hijo, debido a un aborto natural del que la novela no ofrece detalles: “Suspiré, vacié el aire, aspiré, percibí la nada que llevaba por dentro, la misma sensación de vergüenza que me embargó tras la pérdida de nuestro bebé” (Ramos Revillas 21).

En otras ocasiones, Alberto se refugia en la fantasía: “aunque una larga temporada me negué a aceptar la pérdida (del bebé), me descubriría imaginando una vida con mi hijo” (Ramos Revillas 22); visualiza el día de su nacimiento, sus cumpleaños, los mimos, al punto de decir “mi paternidad era un fantasma que se extendía apenas cerraba los ojos” (22). El hombre profundamente se halla sumido en una crisis, pues cae en cuenta de que los 40 años que está por cumplir “ya no son edades para ser padre” (84), aunque no por ello deja de lado su deseo de paternidad.

Ansiedad y vergüenza se acentúan en el contacto con otros discursos que rodean a Alberto. Por un lado, su madre considera que la pérdida del bebé es un castigo divino tras la unión de Alberto con una mujer de una religión que ella no profesaba.

La última vez que charlé (por teléfono) con mi madre le corté pronto. Ella era la única de mi familia que sabía de la pérdida y no soporté cuando mencionó, entre dientes, que aquello era una prueba de Dios. Un castigo.

– Dios te castigó como a David y Betsabé – me dijo. (Ramos Revillas 28)

Por otro lado, Alberto recibe recriminaciones de su esposa Irene. Pasado un tiempo tras el aborto natural, ambos fueron rechazados para adoptar un niño y la inseminación artificial a la que se sometieron no funcionó, a pesar de no tener lesiones o deficiencias reproductivas (Ramos Revillas 84).

– ¿Por qué te sigue doliendo? –dijo (Irene) al fin– ¿Por qué no lo dejas caer? Hace mucho lo hice, hace mucho que dejé esto atrás y sólo veo cómo te has ido adormeciendo. ¿Puedes olvidarlo?

– No puedo... no quiero. (Ramos Revillas 100)

Un personaje más, Brenda, da seña de una paternidad construida, al expresar que “ser padres es tan pasado de moda (...) ¿Para qué traer hijos biológicos al mundo?” (Ramos Revillas 188). La misma mujer proyectó su maternidad en un bebé *reborn*, un robot al que ella y su esposo Alfredo miman igual que a una hija, a la que llaman Viridiana.

Viridiana vivía: una vida que Brenda y Alfredo le habían pasado con tantos mimos y arrumacos, en tanto que yo nada más cargaba a un bebé de plástico al que no le había migrado nada, sólo mi frustración. (Ramos Revillas 191)

Los últimos hijos es un rastreo de paternidades construidas, desde quienes la observan como un don divino hasta quienes la ven como un estorbo. Esta gama de discursos, por supuesto, es ya una muestra de una ausencia de definición única para la conceptualización y práctica de paternidad. Rodeado de estas narraciones, Alberto Juárez se halla desorientado, presionado y marginado; las muestras están puestas en la ansiedad (Ramos Revillas 84), la vergüenza (21), el rencor (71) y la envidia (49).

Un segundo rasgo que los estudios de la masculinidad descubren para esta nueva paternidad define que el deseo de ser padre se construye en distintas etapas del hombre. Rodríguez, Pérez y Salguero, por ejemplo, encontraron que este deseo puede iniciar antes de tener una pareja, mientras el varón comienza a establecerse metas

específicas acerca de su proyecto de vida (117). Esta expresión revela ya la importancia que para la nueva paternidad representa la pareja. Ya en pareja, la parte más esencial para dar construcción al deseo de paternidad se vislumbra en el momento en que negocian y toman la decisión de tener hijos juntos (117). Solteros o casados, el proyecto de paternidad es construido en las distintas etapas del hombre, es decir, es un proceso de conformación.

En *Los últimos hijos*, el deseo de paternidad que Alberto expresa en distintas etapas de su vida se halla sobre un lienzo existencial: en primera instancia, el protagonista de Ramos Revillas busca un hijo para intentar una burla a la nihilización que le representará la muerte, aunque la presencia del niño, paradójicamente, la anuncia. Incluso llega a reflexionar que “los hijos son un eco de la muerte por llegar” (102).

Más adelante, y en un mismo tono existencial, Alberto reflexiona en un monólogo ante sí solo sobre las proyecciones que un varón hace sobre su hijo, como una vuelta al ser que se reproduce: el bebé exigirá a su padre una justificación para haber sido traído a la existencia.

Decente. Ser un hombre honrado. Para él. Para ella. Temes. Porque frente a ti está tu hijo. Aún no se forma. Tal vez su corazón aún no late, pero ese hijo ya es tuyo. Te ha cambiado. Temes y corres a abrazar a tu esposa. Lloras aunque por fuera te sientes abochornado. Te vas a la cama con una extraña sensación. A media noche te despierta el asco y pasas una hora en el fregadero. Tu rostro no miente. Temes estar más que jodido porque no cambiarás. Porque seguirás siendo un hijo de la chingada. Porque ni siquiera los hijos nos vuelven mejores personas. Nos ralentizan. Nos enseñan a percibir el tiempo de forma diferente y nos recuerdan la fragilidad: seres que caminarán de por vida como sobre una ligera capa de hielo: eso es ser padres, y lo sabes de una manera contundente. (Ramos Revillas 209)

La paternidad es para Alberto una construcción cultural, histórica y de identidad personal. La multiplicidad de opciones permite que el protagonista yerre de un modelo de paternidad a otro, desde los modelos que los otros (su madre, su esposa, sus vecinos o compañeros de trabajo) le presentan hasta aquellos que él mismo intenta configurarse para establecerse un *ser* padre. Estas construcciones de paternidad que en distintas etapas de su vida se define son muestra de reflexiones existenciales, pues entre ellas se encuentra un Alberto ante la muerte (Ramos Revillas 102), ante la honra que le exigiría su hijo (209), ante la casta (217). Todos estos modelos de paternidad no existirían sin la libertad de Alberto o de los otros.

El tercer rasgo recurrente para la nueva paternidad en América Latina discute la pasividad tradicional del varón en la crianza de los hijos. Al respecto, existe una ambivalencia puesta en algunos sectores de hombres, quienes se apuntan a favor de una actitud de espectador ante el proceso reproductivo, es decir, cuando hablan de reproducción reducen el concepto a una sola reproducción biológica y, cuando piensan en ello, general e incongruentemente se refieren a las mujeres (Figuroa 60).

Por otro lado, existe un sector de hombres que han asumido un rol activo ante el proceso reproductivo y de crianza: el nuevo padre asiste al nacimiento de sus hijos, participa activamente en los cuidados físicos y psicosociales de los hijos, está involucrado en las actividades cotidianas en el hogar, alimenta a sus hijos, los baña y viste, los consuela cuando lloran y los cuida cuando están enfermos⁸ (Cebotarev 8).

En *Los últimos hijos*, dos intentos de crianza dan muestra tanto de la búsqueda como de la insatisfacción que experimenta Alberto al respecto; a fin de cuentas, estos intentos me permitirán definir su proyecto de crianza y participación activa o pasiva en los procesos de reproducción biológica y cultural. Primero, Alberto se muestra incómodo e insatisfecho ante un bebé *reborn* que compran él y su esposa, en el que no puede depositar su proyecto de reproducción y crianza. Este proyecto es común entre él e Irene, pues ambos dialogan acerca de los artefactos con que rodearán al bebé *reborn*: una habitación exclusiva, una cuna, carriola (Ramos Revillas 187), pañales, andador, botellas de aceite para bebé, biberones, mantas, un par de pañaleras (9). El proceso, aunque tímido, los llevó a un grupo de enfoque con papás de bebés *reborn*. En esta comunidad, Alberto muestra nuevamente su ansiedad, como lo da a conocer con Laura, una de las madres *reborn*:

Laura se veía un poco más grande que su esposo y me confesó que ellos habían perdido a un hijo antes de tiempo.

—No hay muletas que te ayuden a levantarte de esa deshonra. Y aunque fui quien lo perdió, quiero precisarlo, quien pasó un trauma mayor fue mi esposo. Nada lo animaba, andaba sin vida, como seguro tú sabes bien. Nadie viene a este sitio porque sí, primero desean ser aceptados... Irene lo solicitó. Después de

⁸ La tendencia de estas prácticas han llevado a configurar la parentalidad, el enfoque que surgió en la última década del siglo pasado y que se refiere a las actividades desarrolladas por varones y mujeres en los procesos de cuidado, socialización, atención y educación a los hijos (Cebotarev 8).

mucho pensarlo, compré una muñeca y le puse el nombre de Peny y se la llevé a Ernesto. Al principio la rechazó pero, poco a poco, fue tomándole afecto. La gente lo ve como algo inusual pero, ¿qué de raro tiene querer a un juguete? Todos guardan juguetes: carros más o menos antiguos, monedas, lo que sea. Sólo que el nuestro tiene una forma de algo que perdimos o que anhelamos tener o que no queremos tener en forma real. (Ramos Revillas 193)

Alberto no se convence de convertirse en papá de un muñeco *reborn*, confiesa que esa existencia es indignante y destruye su bebé de plástico (Ramos Revillas 195). Esta frustración se compensa en satisfacción cuando comienza a criar a Betsabé, la niña recién nacida que robó a los ladrones Caro y Martín.

Al volver (del trabajo), caí ya la noche, me tiraba a dormir un poco. A veces (la nana) Amparo salía y me platicaba de las estrellas (...). Luego me traía a la niña. La tomaba en brazos, jugaba con ella, la cargaba, intentaba hacerla dormir. (Ramos Revillas 220)

Aunque Alberto tiene cuidados con Betsabé, como llevarla a las primeras vacunaciones (Ramos Revillas 200), organizarle una fiesta (203), comprarle un libro de plástico (220) y admitir que “ser padre era muy cansado y el hastío se colaba con más insistencia que antes” (Ibid.), no es él precisamente un completo referente de una nueva paternidad, pues la novela no ofrece información de parentalidad; por el contrario, es la nana Amparo “la primera en levantarse (por las mañanas); le daba de comer a la bebé, le cambiaba el pañal durante la noche, la bañaba antes de que el sol saliera” (219-220).

En este punto de la novela, las actitudes de Alberto comienzan a dar muestra de inconsistencia. Aquel deseo de paternidad que no ha terminado de ser configurado comienza a tambalearse ante la presencia de la niña que el protagonista toma como hija. Alberto no sabe cómo *ser* padre ante la niña robada que nombró Betsabé.

Durante los primeros meses pensé que Betsabé nunca crecería; siempre mantendría ese tamaño, se eternizaría en sus siete meses, por eso cuando fue volviéndose más grande y cambiaron sus facciones algo en mí se decepcionó, o será que el hijo en mi imaginación nunca había perdido su forma: se mantenía inerte, vencía el horror del tiempo. (Ramos Revillas 216)

Si bien Alberto no alcanza a definirse un nuevo modelo de paternidad, su entorno no da muestra de aceptar que recurra al modelo tradicional. A pesar de esto, y en adelante, el protagonista comenzará a adoptar rasgos tradicionales, al punto de mostrar y reconocer cansancio y hastío ante la educación y crianza de Betsabé. Esta vuelta a lo

tradicional le valdrá nuevas sanciones y marginaciones *in crescendo*: “Irene parecía descubrir esto (cansancio y hastío) en mis actos y hacía una ligera mueca de reproche cuando desatendía mis responsabilidades con Betsabé” (Ramos Revillas 220-221).

El cuarto rasgo presente en la nueva paternidad en América Latina está puesto en el deseo de la reproducción en pareja, esto es, el deseo no es individual. Entre los varones que aspiran a una paternidad distinta a la diseñada por la masculinidad tradicional “se hace imperiosa y necesaria una relación de pareja estable, afectiva y comprometida” (Suárez 110). Una relación de pareja madura permitiría “establecer con el hijo un mayor compromiso, estar más presente y distribuir roles y tareas de manera compartida y equilibrada” (Ibid.).

El deseo de paternidad en el hombre se va concretizando con la pareja. Es con la pareja con quien se establecen el momento del embarazo, al considerar las metas y necesidades que ambos tienen.

En estas parejas (de la nueva paternidad) existe un proceso de planeación y negociación previo a la paternidad (al menos en el sentido de decidir “no cuidarse”), en donde el deseo, además de verse concretado, cobra sentido y lleva a un tipo de preparación para la llegada del bebé. (Rodríguez 118)

Ese rasgo es precisamente otro de los elementos que me permiten indicar a *Los últimos hijos* como una novedad en la Literatura mexicana. Ante la negativa de su esposa Irene por tener hijos, Alberto no recurre a la infidelidad matrimonial; por el contrario, busca convencer a su pareja de intentar nuevamente tener un hijo (Ramos Revillas 50), sustituirlo con un bebé *reborn* (186) y hasta con una niña robada (98). Con ninguna de las propuestas Irene está completamente de acuerdo:

Una noche volvimos a tener relaciones, toqué el vientre de mi esposa, coloqué mi mano donde había estado nuestro hijo, débilmente, temeroso ante una descarga eléctrica, y terminé eyaculando dentro de Irene tras moverme con impaciencia. Irene se levantó de inmediato, tiró las colchas al suelo, fue al baño, se encerró con llave, oí el agua de la regadera. Estaba desnudo ante la puerta cuando salió.

—No quiero que lo hagas de nuevo. (Ramos Revillas 50)

Asimismo, cuando Alberto le contó a Irene sus planes para construir un bebé *reborn*, Irene “lloró porque la pérdida aún era cercana” (Ramos Revillas 186). Y cuando él llegó a la casa con la niña robada, ella lo recriminó con un “¿qué diablos has hecho?” (98), y el categórico “regrésala” (99). Sin embargo, aunque no está

completamente de acuerdo, tras cada una de las propuestas Irene acompaña a su esposo hasta el hastío.

–Ya no soporto vivir en este lugar, este polvo, la comida, sé que la nana se apura, pero, Alberto, este no es nuestro sitio. Ya no quería saber nada de un hijo... estaba a gusto, tranquila. Sacamos al *reborn* y lo dejamos en el baldío, ¿lo recuerdas? ¿Por qué no has podido olvidar? ¿Por qué no lo has dejado atrás? ¿Por qué no me dejas también atrás? (Ramos Revillas 230)

Los nuevos intentos de tener un hijo como las relaciones sexuales (Ramos Revillas 50), la adopción de un niño (84), la inseminación artificial (84), la sustitución con un bebé *reborn* (186) o con una niña robada (98) se hicieron en pareja hasta el hastío de ella. Con penas, Alberto e Irene intentaron tener un hijo. A diferencia de los hombres de la paternidad tradicional, el protagonista de Ramos Revillas no da muestra de un deseo individual de paternidad hasta llegar al clímax de la novela: Tras la revelación definitiva de Irene, quien decide abandonar los intentos de paternidad para Alberto, éste adopta rasgos de aferrarse al deseo paternal.

–Devuélvela (a Betsabé), Alberto. Ya no quiero ver a esa chica, Caro, en mis pesadillas. Ya sabes lo que es tener un hijo en casa, ya lo viviste a tu manera, como lo viví con Asael (el *reborn*) y esas semanas que estuvimos esperándolo hasta que lo destruiste.

–¿Siempre me vas a echar en cara que lo destruí?

Irene suspiró.

–No, Alberto. Aguarda. Es hora de devolverla.

–¿Y a dónde nos vamos?

–Vámonos al centro del país, a la capital.

Betsabé sonrió en ese momento, de acuerdo con volver a sus padres. De acuerdo con regresar a aquella cama maloliente. (Ramos Revillas 231)

El quinto rasgo que considera la nueva paternidad consiste en el logro de condiciones estables de economía doméstica, esto es, la decisión de tener un hijo se asume hasta que en la pareja se consolida una solvencia material para recibir y cuidar a los hijos. Al respecto, los hallazgos que se han hecho para América Latina señalan entre los varones una vinculación estrecha entre la identidad de ser padre y la identidad de ser hombre.

Planear la economía es una parte importante en la construcción de estos hombres del deseo de ser padres, es decir, también es parte de los objetivos o el plan de vida que acompaña a los varones para poder dar estabilidad en la vida de pareja, y esto, a su vez, es parte de la preparación para la llegada de los hijos. (Rodríguez 119)

La planeación económica no es un asunto exclusivo del hombre durante la primera mitad de *Los últimos hijos*. Durante la estancia en la ciudad, en Monterrey, no fue Alberto quien aportó la mayor cantidad de dinero para la sostenibilidad material del matrimonio; por el contrario, y como apunté, es gracias a Irene y a su familia que tienen casa y un ahorro que les permitiría vivir sin trabajar por algunas décadas (Ramos Revillas 32).

Sin embargo, la planeación económica no es desechada ante el deseo de paternidad. Por un lado, la habitación exclusiva llena de artefactos para el bebé que Irene y Alberto construyeron y conservaron es muestra del cuidado y planeación material que proyectaron para el posible hijo (Ramos Revillas 187).

Por otro lado, en contraste, esta conducta cambia cuando ambos se establecen en el pueblo El Sartejón, con la bebé robada y la nana Amparo. Alberto recurre entonces al sigilo como un escudo para no reconocer su fragilidad ante el rol de padre protector; Alberto no se siente con la seguridad ni con la capacidad para custodiar su deseo de paternidad. Ante esto, en lugar de dialogarlo con su pareja, el hombre se esconde. En esta huida encuentro reminiscencias del rol paterno tradicional, enfocado al hombre como patriarca protector y proveedor de la familia.

Ya establecidos en El Sartejón, es Alberto el único de la casa que sale a trabajar (Ramos Revillas 213), el único que tiene acceso al dinero ahorrado (222) y a la información conveniente a la seguridad de ellos (247). El sigilo al que se aferra Alberto es síntoma de incomodidad que siente ante el rol tradicional como patriarca y proveedor que él solo asumió: su intento de paternidad no se ajusta al modelo tradicional y esto, por supuesto, lo frustra.

“Desde la segunda semana que llegamos a El Sartejón busqué trabajo, quería parecerme al resto de los habitantes de aquel desierto” (Ramos Revillas 213). Dichos habitantes son hombres que “sobrevivían de cultivos de chayotes y de la sequía” (Ibid.). Si no eran mecánicos, los hombres “iban a trabajar a la gasolinera o vendían míseros cacahuates” (214). Los más jóvenes limpiaban parabrisas de los autos (Ibid.); otros trabajaban en el rastro de pollos (215-216), en donde Alberto laboró un tiempo hasta que no soportó y llegó como despachador de gasolina (216). El resto de los hombres, patriarcas y proveedores, salió al norte de la frontera mexicana y, tras la salida, dejó un pueblo de viudas del desierto: “Pueblo de ancianas, pensé,

porque casi no había visto chicos, salvo conductores de camiones y mujeres de la tercera edad” (155).

En El Sartejonal “casi no había hombres, más que viejos y ancianas. Pocos niños, hijos de madres solteras y producto de la vida licenciosa que muchos trailereros traían a la comunidad. Los jóvenes se iban a trabajar a la ciudad o cruzaban la frontera” (Ramos Revillas 156).

Como una vuelta al modelo de paternidad tradicional, *Los últimos hijos* muestra a Alberto como el único de la casa que tiene acceso al dinero y a pagos:

Al octavo mes con doce días, nos empezamos a quedar sin dinero de nuevo. Entre el desierto, la niña y las incomodidades, Irene y yo estábamos distanciados desde hacía semanas (...). Debía ir de nuevo al banco a sacar lo suficiente para vivir los siguientes meses. Eso acentuó nuestra lejanía. (Ramos Revillas 222)

En la medida que Alberto se aproxima y mimetiza el modelo tradicional de patriarca y proveedor, su esposa Irene se aleja. La incomunicación se acentúa al punto de que sólo Alberto conoce la información que el detective privado Carlos Becerril –a quien el protagonista contrató desde Monterrey– le entrega sobre Carolina y Martín: “Le dije a Irene que saldría a buscar los papeles que nos solicitaban sin decirle que me encontraría con el detective” (Ramos Revillas 245). La información es valiosa para resguardar incluso su vida, pues ahora el detective comienza a amenazarlo con ir a delatarlo ante Carolina y Martín, si Alberto no alcanza a comprar su silencio (247).

El giro final a la paternidad tradicional es muestra en la novela de que este modelo tiene una vigencia pues, en la medida que Alberto se conforma a este esquema sufre nuevas sanciones que terminan por asolarlo definitivamente.

Hacia el final de la novela, Betsabé enferma gravemente tras los fríos intensos en El Sartejonal. Con Irene y Amparo, Alberto decide llevar a la niña al consultorio de la cabecera municipal, en donde un médico lo urge a llevarla a un hospital regional, pues “tiene síntomas de bronconeumonía” (Ramos Revillas 237). El hospital está en Monterrey, en donde entran con cuidado de no ser reconocidos como ladrones de la niña.

–Vámonos, vamos a Monterrey (Irene a Alberto).

–¿Y si nos están esperando (Carolina y Martín)?

–Se nos va a morir aquí, Alberto, dame las llaves si tú no quieres ir, esto es inaudito. ¿Así hubieras dejado morir a un hijo nuestro?

No supe en qué momento le solté un manazo. Amparo gritó y ambas mujeres se protegieron de mí. (Ramos Revillas 237)

Pasando por alto la violencia, a la que antepusieron la salud de la niña, Irene, Amparo y Alberto viajan a Monterrey. Un sentimiento de culpa envuelve al protagonista con vocablos como “desesperación” (Ramos Revillas 241), “preocuparse” (242), “indignado” (243), “desmoralizado” (244). Tras una salida para encontrarse con el detective Becerril, Alberto regresa al hospital, no encuentra a Irene, Amparo ni a Betsabé: “Una enfermera me soltó la verdad. La cabeza me quiso explotar. La bebé ya no existía” (249).

Puedo comenzar a concluir al señalar que *Los últimos hijos* es muestra de una inconformidad ante los modelos de masculinidad y paternidad tradicionales, esta vez, desde el enfoque de un hombre heterosexual. Alberto no logra escapar de este modelo, ni alcanza a proponer(se) una nueva paternidad que lo convenza. Ni siquiera puede nombrar su condición.

A veces, cuando el recuerdo de esos días me alcanza me pregunto en qué momento esa confusión ante la pérdida se vuelve sencilla y puede ser cargada con cierta dignidad. No tengo respuesta aún, ambos sustantivos no pueden unirse, tal vez por eso no existe tampoco nombre en ninguna lengua para renombrar a los padres que pierden a sus hijos. (Ramos Revillas 196)

En su camino, Alberto presenta no solamente una argumentación para la narrativa mexicana que esta vez sí reflexiona sobre masculinidad y paternidad, sino también una serie de emociones de un hombre heterosexual que busca ser padre en compañía de una mujer que no está dispuesta a aprobar la masculinidad tradicional. De esta manera, *Los últimos hijos* es una nueva hendidura al modelo hegemónico que, como se mira en la misma novela, llega también a lastimar a los mismos hombres.

REFERENCES:

- Balderston, Daniel and Guy, Donna (eds.) (1997). *Sex and Sexuality in Latin America*. New York: New York University Press.
- Biron, Rebecca E. (2000). *Murder and Masculinity: Violent Fictions of Twentieth-Century Latin America*. Liverpool: Liverpool University Press.
- Careaga, Gloria y Salvador Cruz Sierra (coord.) (2006). *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. México: UNAM.
- Cebotarev, Nora (2003). “Familia, socialización y nueva paternidad”. *Revista latinoamericana de Ciencias Sociales, niñez y juventud*.

- Figuroa, J. G. (2000). "Algunos elementos del entorno reproductivo". *Revista Mujer salud / Red de salud de las mujeres latinoamericanas y del Caribe*, 3, 60-72.
- Foster, David W. and Reis, Roberto (eds.) (1996). *Bodies and Biases: Sexualities in Hispanic Cultures and Literatures*. Minneapolis: Minnesota University Press.
- García Jordá, Dailys; Díaz Bernal, Zoe (2010). "Cultura sobre maternidad y paternidad y su repercusión en la concepción de la infertilidad". *Revista cubana de salud pública* : 198:203.
- Irwin, Robert McKee (2003). *Mexican Masculinities*. Minneapolis & London: University of Minnesota Press.
- Jaramillo Sierra, Isabel C. (2013). "Del liberalismo a la paridad: tres modelos para pensar el matrimonio, el divorcio y la paternidad". *Isonomía. Revista de Teoría y Filosofía del Derecho*: 67-101.
- Millington, Mark (2007). *Hombres in/visibles. La representación de la masculinidad en la ficción latinoamericana, 1920-1980*. Trad. Sonia Jaramillo. Colombia: Fondo de Cultura Económica.
- Olavarría, José (2006). "Hombres e identidad de género: algunos elementos sobre los recursos de poder y violencia masculina" en Careaga, Gloria y Salvador Cruz Sierra (coord.). *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. México: UNAM.
- Ortega, M., Centeno, R. y Castillo, M. (2005). *Masculinidad y factores socioculturales asociados al comportamiento de los hombres frente a la paternidad en Centroamérica*. Managua: UNFPA-CEPAL.
- Ramos Revillas, Antonio (2015). *Los últimos hijos*. México: Almadía, Conaculta.
- Rodríguez, Rebeca, Gilberto Pérez y Alejandra Salguero (2010). "El deseo de la paternidad en los hombres". *Avances en psicología latinoamericana*. Bogotá, Vol. 28 (1), pp. 113-123.
- Sedwick, Eve Kosofsky (1991). *Epistemology of the Closet*. New York & London: Harvester Wheatsheaf.
- Silverman, Kaja (1992). *Male Subjectivity at the Margins*. New York & London: Routledge.
- Suárez, Nicolás; Gómez, Esteban; Gallardo, Gonzalo; Muñoz, Magdalena (2006). "Paternidad: Representaciones sociales en jóvenes varones heterosexuales universitarios sin hijos". *Psyche*: 105-116.